

Reportaje

## Esperanza humana y... divina Francisco Álvarez

*“No puedo seguir perteneciendo  
a una comunidad  
que vive la esperanza  
como quien aguarda  
a que llegue el camión”*

### **Esperanzas...humanas**

Esa denuncia reavivó en mí – hace ya unos cuantos años – una cierta inquietud. Siempre he tratado de ver la esperanza como un signo definitorio, no sólo de la condición creyente, sino también de la calidad humana. Esperar es muy cristiano y... muy humano.

Antes que virtud, la esperanza es como un atributo de la persona. Una facultad y una potencia del alma humana. No menos que la memoria, el entendimiento y la voluntad. Su ausencia total anularía la vida, dejaría al individuo en el más plano electro-encefalograma espiritual. Ese esperar es tan humano que nos permite salir de casa, emprender viajes, aventurarnos en lo desconocido, tomar decisiones, apostar por lo improbable, acunar sueños y abrazar utopías; nace de un límite inevitable, pero que a la vez nos estimula y empuja. Nacemos limitados pero con posibilidades que esperan su turno y su despliegue. Somos promesa y futuro por cumplirse. El tiempo se nos va dando gota a gota, y, según transcurre, nos va revelando lo que ayer ignorábamos. Nacemos esperanzados, porque somos a la vez instinto y tensión, inexorablemente instalados en el riesgo. Somos movimiento. Nunca podemos quedarnos fijos donde estamos, pues nos convertiríamos en estatuas de sal, sin vida y sin futuro.

Ese esperar tan nuestro, imposible sin una confianza básica en nosotros mismos, tira de la vida y la dinamiza, pues facilita el cumplimiento de lo que se espera, y da recursos y motivos para evitar o superar lo que se teme. De ahí que, al igual que sucede con otros atributos de la persona, cada uno, a larga, termina siendo lo que son sus esperanzas. Estas nos definen.

### **Terreno apropiado**

La esperanza nunca crece ni vive sola. Necesita un terreno apropiado, un clima favorable. No se confunde con los cálculos bien ponderados, con las seguridades bien atadas, ni con los pronósticos que sólo fallan excepcionalmente. Se afirma, en cambio, en el riesgo y en las resistencias. Se apoya en la historia vivida más que en el futuro que aún no llegó. Se alimenta de motivaciones que van más allá de quien la viva. Porque nos saca de nosotros mismos, su fuerza está – al menos en parte – fuera de nosotros mismos. Esperamos porque hemos aprendido a confiar, a encontrar buenos motivos para vivir hasta el final, para creer. También los otros son mi esperanza. El enfermo se cura porque alguien le está esperando fuera del hospital. El anciano sigue enganchado a la vida porque alguien le muestra que “su” vida sigue siendo valiosa. El excluido cree de nuevo en sus posibilidades porque alguien le mira con buenos ojos, no por encima del hombro. No es lugar para explicarlo en

detalle, pero por ahí accedemos directamente (camino largo) a la virtud de la esperanza... cristiana.

### **Hacia la esperanza cristiana**

Ésta consiste, básicamente, en el relato de una historia, que tuvo un comienzo, que nada ni nadie podrá interrumpir, y que irá más allá del tiempo. Cuando se convierta en una historia sin tiempo, será eterna. Mientras tanto, nuestra esperanza cristiana nace río arriba, y se va cargando de razones en el largo y tortuoso discurrir de nuestra vida. No nos exilia del mundo, ni de las pequeñas o grandes esperanzas: que no llueva el fin de semana o que gane el equipo de nuestro corazón...

Ahora bien, está habitada, embarazada, de un dinamismo interior imparable, de motivaciones nuevas, de contenidos insospechados. Va más allá de los logros más espectaculares de este mundo y de las expectativas más elaboradas. Responde, a pesar de todas las pruebas en contra, a las aspiraciones más profundas de nuestro corazón. ¿Cuándo? Es cuestión de seguir esperando. Pero no el camión.

## VENTANA

Cada noche, Esperanza escribe su carta a Dios al volver del hospital

### **Me van a borrar el nombre**

Mari Patxi Ayerra

"Querido Dios. Entre mis nietos, mis hijos, mi marido y mis compañeros, todo el mundo llamándome para pedirme algo, van a hacer que aborrezca la palabra Esperanza. Y mira que siempre me ha gustado llamarme así, porque esperanza es algo que tengo yo en gran cantidad. No sólo es el nombre que eligieron mis padres para mí, aún antes de estar mi madre en "estado de buena esperanza", que es como se decía antiguamente del embarazo, sino porque me esperaron con mucha ilusión y creo yo que fui fruto de un profundo amor que supieron cuidar hasta el final de sus días. También soy una mujer que cada mañana, al abrir el ojo, ya espero algo del día que comienza y de las personas con las que voy viviendo.

Tú sabes bien, Señor, que eres mi principal fuente de esperanza. Cuando me desanimo un poco por las cosas que van mal en el mundo, cuando echo una mirada al periódico o a las noticias, intentando verlas a tu manera, inmediatamente me haces recobrar la fe en la gente y seguir creyendo que este mundo nuestro tiene remedio. Porque tú nos has hecho profundamente buenos y fraternos a todos, aunque en la vida cotidiana saquemos a pasear nuestras pequeñas mezquindades.

Quiero poner esperanza en el ser humano; creer que otra manera de vivir es posible y que tengo que comprometerme más en la revolución de tu reino, en la transformación de esta sociedad y en comunicar y contagiar mis sueños e inquietudes en todos mis ambientes. Algunas veces soy un poco tibia y me callo alguna denuncia que tendría que hacer de las injusticias que se producen a mi alrededor.

Llevo toda la tarde dando vueltas a lo que nos ha contado mi compañera Carmen, de que en su familia, con el fin de vivir con una cierta austeridad y libertad, tienen la norma de que "por cada cosa nueva que entra en casa, ha de salir otra". Así evitan el acaparar y educan a sus hijos más en el ser que en el tener. Esto te gusta, verdad, Señor, esto te mantiene la esperanza de que llegaremos, por fin, a descubrir lo bueno del vivir a tu manera ¿verdad?

Me produce esperanza en nosotros los profesionistas de la salud esa inquietud que tenemos por mejorar la calidez de nuestro trabajo, además de la calidad, y ese empeño por hacer todo por el paciente, para aliviar y acompañar el sufrimiento del enfermo y de sus familiares.

Hoy me he enterado de que mi vecino, ese que tiene "un puestazo", está con depresión. ¡Tanto viaje, tantas reuniones y tanto "yupismo" va a acabar con esta juventud que tiene de todo menos serenidad! Échale una mano, Señor, devuélvele la esperanza en las cosas sencillas de la vida y en los pequeños detalles para que pueda seguir disfrutando de su amor

CENTRO SAN CAMILO  
VIDA Y SALUD  
NO. 10 (2004)

y de esos tres niños tan preciosos y tan ruidosos. Haz que esta enfermedad le sirva de lección para que ayude a sus empleados a cuidar el equilibrio entre el trabajo y la vida personal.

Tengo yo esperanza en todos esos profesionales de la salud mental que van saliendo al quite de las nuevas enfermedades producidas por la insatisfacción que nuestra loca manera de vivir nos genera. Las nuevas adicciones a la computadora, a la máquina de fotos digital, a grabar la vida en vez de vivirla, a tener todos los CD del mundo, a coleccionar lo impensable, a tener lo último... nos pillan a todos, si no ponemos cuidado para salvarnos de este tener desaforado y nos están alejando de lo esencial de la vida que es gozar el momento presente, necesitando lo menos posible y disfrutando de los demás.

Esta noche quiero poner en tus manos a todos los desencantados, los tristes, los mal amados, los que aman poco, los acaparadores, los distraídos, los injustos y los que viven sin esperanza, para que tú, Padre, te metas dentro de ellos, les ablandes el corazón y les renueves las ganas de vivir en el aquí y ahora, dando lo mejor de sí mismos, recibiendo lo que la vida y los demás les regalan y trabajando para construir ese mundo de hermanos en el que todos nos sentiremos a gusto y nos levantaremos cada día con la ilusión esperanzada de saborear la gran Vida, esa que tú nos tienes preparada. Te necesito para ser Esperanza.